

CAPITULO XVIII.

Idilio.

Cómo se encontraron Adrián y Refugio en el arroyo? De una manera muy casual, enteramente casual, por más que él hubiera sabido antes que ella se encontraba allí buscando unas yerbas. Es verdad que Adrián saludaba á Refugio como á todas las muchachas del pueblo, que dos ó tres veces había estado en su casa con este motivo ó con el otro, y había sido bien recibido, que la madre de la muchacha, que lo había conocido desde pequeño, le hablaba con familiaridad y lo mismo María y Andrés los otros dos hijos de la matrona; pero él respetaba mucho á todos, y á Refugio, aunque la miraba y la remiraba principalmente los domingos en la iglesia, nunca se había atrevido á hablarle de lo que poco á poco empezaba á retozarle en el corazón, como una impulsión á quererla, de la cual no podía librarse, ni lo intentaba, sino que dejaba que sus inclinaciones tomaran vuelo sin importarles un comino.

Refugio tenía apenas quince años, pero estaba ya muy desarrollada y muy bien formadita, pareciendo tener más, sobre todo por su discreción, por sus alcances, por su seriedad y por otras mil cosas que probablemente tenían que ser así para hacerla más interesante y más cautivadora. Y no era Refugio tan bonita como graciosa, pues tenía un modo de andar, y de ver, y de reirse, y de hablar, y de enseñar los dientes, y de dar movimientos á su fisonomía para trastornar los sesos al más planchado. Ese planchado entre otros del pueblo, era Adrián que también reflexivo, juicioso y trabajador, había comprendido que aquella era una perla por la cual bien valía la pena de hacer un sacrificio cualquiera, aunque no fuera más que para conquistar una de sus miradillas tan salameras.

Adrián tenía también apenas unos veinte años: había aprendido á leer y á escribir en la escuela, y como temprano perdió á su padre que lo sostenía, tuvo necesidad de dedicarse á algún trabajo y entró de dependiente á la tienda de su tío Ambrosio que era de las mejorcitas del pueblo. El primer año no ganó nada ó ganó muy poco, algunas gratificaciones extraordinarias por su buen comportamiento; pero como en el año siguiente comenzó á hacerse el indispensable porque aumentaba el número de marchantes con su buen carácter, y podía, aunque con trabajos llevar al día el libro de las cuentas, hubo que ponerle un sueldo de quince pesos que á esta sazón había subido ya hasta veinticinco. No era gran cosa, más como sus necesidades se limitaban á ayudar á su madre, que también trabajaba haciendo pan y dulces, podía andar siempre limpio y bien vestido, con sus pantalones de casimir, su chaqueta de paño y su fieltro. Aun tenía unos botines de charol para los días muy extraordinarios. Ge-

neralmente se vestía de charro, aunque sólo montaba á caballo cuando le prestaban uno sus amigos, manifestando arrojo y facultades muy especiales para el arte de la equitación. Era bueno, era extraordinariamente pacífico, servicial y amable: sólo en muy raras veces en que veía una injusticia ó en que observaba que lo trataban con falta de miramientos ó con insolencia, se sulfuraba y se hacía temible, porque era capaz de cualquier cosa. Conociendo esa susceptibilidad suya, que podía llevarlo á una violencia, no tenía cerca jamás una arma de fuego; pero ya había cogido alguna vez la vara de medir ó cualquiera otro instrumento, por ejemplo las tijeras, para lanzarse ciego sobre algunos que habían faltado al respeto á su patrón, pues á él menos que á nadie ni á sí mismo permitía que se le dirigiera la menor palabra descompuesta. Por lo demás, era muy buen muchacho, querido de las gentes del pueblo, y sostenía bien su fama de buen hijo, dependiente honrado y hombre capaz de defenderse de un ultraje, es decir, valiente cuando las circunstancias se lo exigían.

¿Cómo se habían encontrado Adrián y Refugio en el arroyo de tal modo que los dos al verse dejaron retratarse la sorpresa en sus semblantes? preguntamos al principio de este capítulo. Pues quizás ellos mismos nos lo harán saber.

—¡Ah! Refugio, Refugito. . . tú por aquí?

—¡Adrián! ¿quién había de pensarlo? . . . Pues yo vine. . . ya me ves, buscando unas yerbas para curar á mi madre que está un poco enferma. Como es temprano todavía, no creía que nadie me viera. . . y tú ¿qué andas haciendo?

—Vine también á buscar unas yerbas.

—¡Mentiroso!

—No, voy á decirte la verdad, como es día de fiesta cerramos la tienda después de comer y me vine como muchas veces á sentarme en una piedra que está allí más adelante junto de un árbol para leer esta novela. . . .

—¿Cómo se llama tu novela?

—Pablo y Virginia.

—Debe ser bonita; me la has de prestar.

—Toda es de amor . . . y tiene unas cosas más lindas!

—Me la has de prestar; me la has de prestar.

—Llévatela de una vez.

—No, ahora no. ¿Qué dirían en mi casa si me fuera presentando con ese libro?

—¿Qué habían de decir?

—Comenzarían por preguntarme quién me lo había dado. . . .

—Y tú por contestarles que me habías encontrado á mí. . . .

—¡En el arroyo!

Esta exclamación abrió los ojos de Adrián y le dió ánimo para decirle, de una vez como quien dispara un pistoletazo cerrando los ojos:

—Todo lo que encuentres en ese libro, hablando de amor, has de cuenta que yo te lo digo.

—¡Adrián!

—Porque la verdad es que yo te quiero mucho y hace tiempo que quiero decirte sin encontrar el modo.

Ella se puso muy colorada, empezó á jugar con la punta de su rebozo y no halló nada qué decir.

El volvió á repetir:

—Te quiero mucho, te quiero mucho.

Ella recobró en cierto modo su serenidad, y contestó:

—Ya sé que á todos nos tienes cariño. . . .

—Pero el mío para tí no es cariño así, así; es igual ó mayor que el que verás tú que tenía Pablo por su adorada Virginia.

—Pero ¿qué es eso, Adrián? Me estás haciendo una declaración de amor.

Adrián se puso muy colorado y prosiguió con una poca más de animación:

—¿Acaso no has comprendido desde hace tiempo, desde quién sabe cuándo. . . desde el año pasado tal vez en que te ví una noche bailando . . . ya te acuerdas . . . una noche en que estabas muy guapa? . . . Pues desde entonces pienso en tí á todas horas, desde entonces siento muchas cosas extrañas dentro de mí cada vez que te veo. . . desde entonces estoy loco de amor por tí. . . .

—¿De amor? preguntó ella como soñando.

—Sí, Refugio, de mucho amor. . . de un grandísimo amor. . . no sé cómo decírtelo. . . pero tú me comprendes. . . tú lo sabes, tú tienes que haberlo adivinado.

Ella dió muchas vueltas á la punta de su rebozo, se lo llevó á los labios, casi lo mordió y luego dijo:

—Me sorprendes mucho con todo eso, Adrian.

—¿Por qué te sorprendes? ¿acaso no es natural?

—Sí es natural, pero yo creía que sólo éramos amigos. . . . Ahora que me dices eso, necesito pensarlo.

—¿Qué tienes que pensar? ¿no sientes nada por mí?

—Sí siento mucha amistad. . . mucho cariño. . . te quiero á tí más que á todos los jóvenes del pueblo y te distingo más que á todos. . . tú lo has visto. . . pero tú y yo somos aún muy jóvenes para ocuparnos en esas

cosas. Quizás dentro de unos dos ó tres años ya tendremos más juicio.

—¿No tenemos los dos un corazón?

—Si lo tenemos, Adrián, si lo tenemos, pero si nos hiciéramos novios sólo sería para pasar el tiempo porque no podríamos casarnos.

—¿Y por qué no habríamos de poder casarnos, Refugio?

—Porque no nos dejarían, ni á ti tu tío, ni á mí mi familia. Lo primero que dirían . . . me da vergüenza decirte lo . . .

—Dímelo.

—Que no ganas todavía lo suficiente, dijo ella poniéndose como unas granas . . .

—Eso es verdad, contestó él apretando los dientes; pero lo que yo deseo saber es si tú me comprendes.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Para trabajar más empeñosamente . . . ahora sólo gano un sueldo miserable . . . mi tío me ha ofrecido para un poco más tarde darme partido en la tienda . . . quizás dejármela, porque piensa retirarse de los negocios, y aunque siempre será muy poco porque mis ambiciones son las de tratarte como una reina, ya sabiendo que me quieres trabajaré con más gusto y pensaré en el porvenir.

—Hablas con tanta formalidad, Adrián, que no parece sino que los dos somos ya muchachos grandes y, mira tú, yo apenas estoy aprendiendo algunas cosas de la casa y tú . . . ¿no ves? apenas te apunta el bozo.

—Pero tú eres ya juiciosa . . . eres bonita . . . tu porte no es el de una niña que acaba de salir de la escuela . . . y cualquiera que sea la edad que tengamos ya sa-

bemos los dos lo que es el amor . . . ¿ó no es cierto lo que te digo?

—Yo no soy bonita . . .

—Para mí, ya te lo dije, eres una reina.

—¡Oh! Adrián.

—¿Me quieres?

—Si te quiero, ¿no te he de querer si eres tan buen muchacho? . . . pero ¿qué fuerza es que seamos novios?

—Es mucha fuerza por lo mismo que acabo de decirte, porque quiero dedicarme al trabajo, y principalmente . . .

—Principalmente, ¿qué?

—Te lo diré: no quiero estar celoso de nadie, no quiero que ningún otro te pretenda una vez que se sepa en todo el pueblo que eres mi novia.

—Si nadie me pretende . . . ó por lo menos yo á nadie le hago caso.

—No te salgas de la cuestión. Ya sabes que te quiero con amor, con muchísimo amor, ¿me comprendes?

—Pero cómo quieres que te lo diga aquí en el arroyo, estando tan solitos . . . cuando me pregunten en dónde me hablaste, en dónde te correspondí, ¿qué podré contestar que no sea mentira?

—Esas cosas no se preguntan, Refugio, y si te lo preguntan no les contestas . . . ¡te detienes por unos escrúpulos! . . .

—Es necesario ponerse en todo antes de dar un paso como este.

—Entonces si tú me quieres, Refugio, y eso lo estoy leyendo en tus ojos . . . ¿por qué no pronuncias la palabra de una vez?

—¡Ay! Adrián, si lo conoces, ¿para qué me lo preguntas?

—Luego es cierto que me amas, luego es cierto que no me han engañado mis sueños, ni mi corazón.

—Adrián ¡por Dios!

—Dímelo, Refugio, dime que no soy un jactancioso, que no he sido un visionario imaginándome que habías de corresponderme

—No sé cómo decirte lo que siento.

—Refugio, Refugio mía, no me vuelvas loco, habla, habla.

—Pues bien, si te quiero mucho, consiento en ser tu novia; pero no se lo digas á nadie todavía.

Adrián no pudo contenerse y la cogió una mano que ella no pensó en retirar.

—¿Por qué? le preguntó.

—Porque se me figura que sabiéndose tendremos muchas dificultades para vernos y para hablarnos . . . se me figura que no ha de faltar quien nos haga la guerra

En esto, oyeron un ruido de pasos por encima de la barranca, ella se asustó, desasíó la mano que le tenía cogida Adrián y quiso huir; pero antes de que lo consiguiera Adrián la atrajo á sí con furia, la dió un beso y la dijo:

—Eres mi vida. . . eres mi amor! eres mi adoración!

—Déjame ir, Adrián, ¡por Dios! ¡por la virgen!

—¿Me amas tú?

—Sí, adios.

Entonces ella fué la que lo besó y salió de allí corriendo como loca.

CAPITULO XIX.

Presagios de tormenta.

Los dos jóvenes que acabamos de presentar al lector, vivían en aquel entonces en un pueblo que se llama Santa Ana, situado á unas catorce leguas al Sur de Guadalajara, cuyos habitantes estaban muy agenos de los acontecimientos que habían de desarrollarse allí, tanto más cuanto que había muy contados que se ocuparan en la política tales como el barbero, el cura, el director, el médico y un licenciado que se llamaba Demetrio Quiñones, quienes á veces echaban su cuarto á espaldas en los asuntos públicos.

A ese pueblo, pues, se dirigieron pasada su entrevista, por diversos caminos, Adrián y Refugio, no sin que los hubiera visto antes cuando estaban juntos, encaramado en un paredón, otro joven del pueblo llamado Pedro Ordoñez, que, por una fatalidad, se interesaba también á la joven y tenía alguna ojeriza al dependiente, una de esas